

Filósofos
en 90 minutos

Paul Strathern

MARX

en 90 minutos

La devastadora crítica que hace Karl Marx al capitalismo y su propuesta del comunismo como respuesta a los fallos del sistema capitalista, produjeron sus mayores frutos en el siglo XX con la formación del Estado comunista de la Unión Soviética. Esta gran aventura ha fracasado casi por entero. No obstante, la fuerza de la fe comunista ofreció a incontables muchedumbres la expectativa de «justicia en esta tierra», y las críticas de Marx han influido en generaciones de pensadores que se han llamado a sí mismos marxistas.

En *Marx en 90 Minutos*, Paul Strathern presenta un repaso conciso y experto de la vida e ideas de Marx, y explica su influencia en la lucha del hombre por comprender su existencia en el mundo.

El libro incluye una selección de escritos de Marx, una breve lista de lecturas sugeridas para aquellos que deseen profundizar en su pensamiento, y cronologías que sitúan a Marx en su época y en una sinopsis más amplia de la filosofía.



Paul Strathern

Marx en 90 minutos

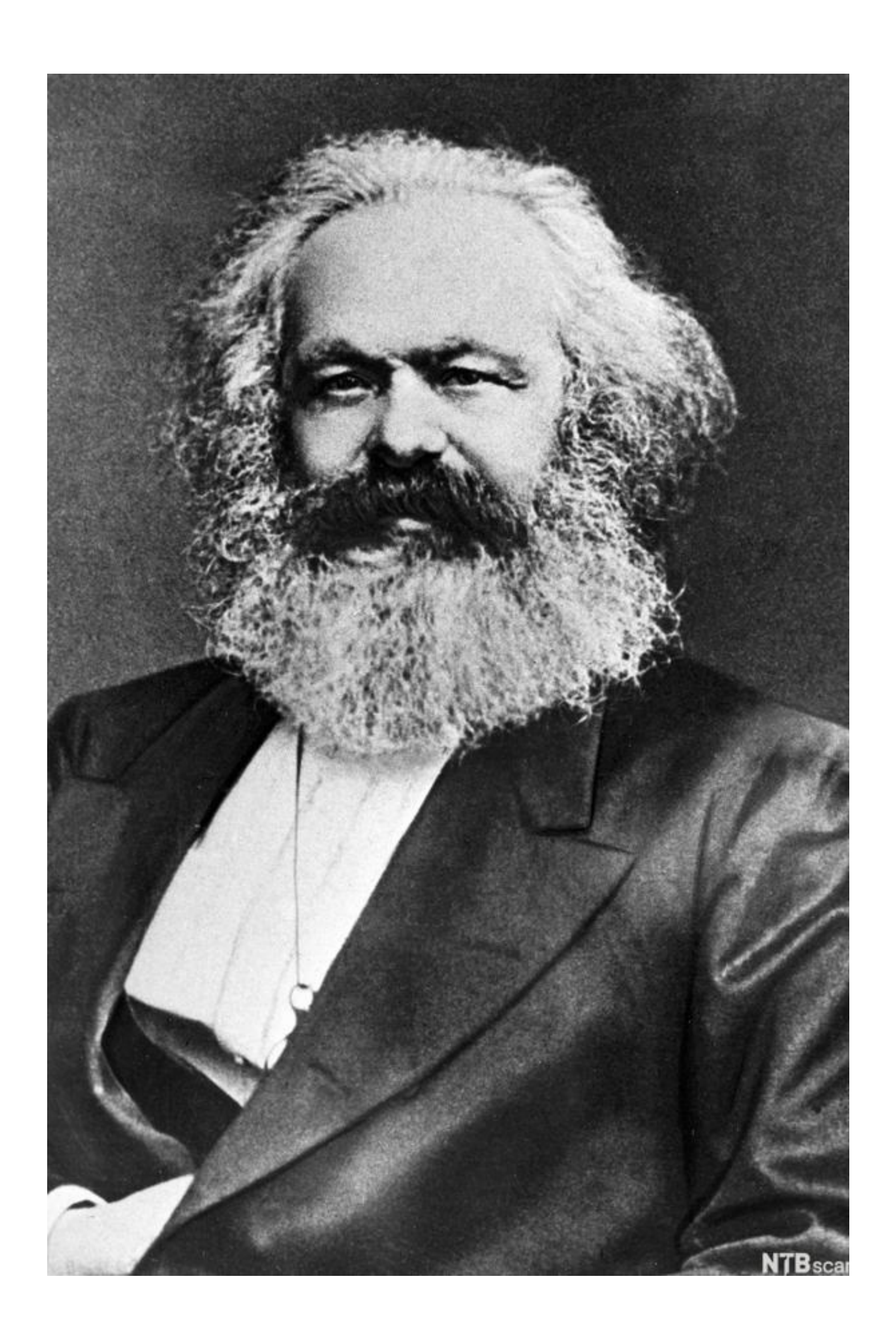
Filósofos en 90 minutos - 14

ePub r1.0
Titivillus 18.11.15

Título original: *Marx in 90 minutes*
Paul Strathern, 2001
Traducción: José A. Padilla Villate
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Introducción

En 1848; el año en que Karl Marx publicó el primer *Manifiesto Comunista,* ocurrieron disturbios revolucionarios por toda Europa desde Sicilia hasta Varsovia. En París, la rebelión produjo la caída de la monarquía de Orléans; en Viena, el reaccionario y represor canciller Metternich se vio obligado a huir disfrazado; «como un criminal». Francia y el Imperio Austro-húngaro eran las dos mayores potencias del continente. Europa parecía estar al borde de un abismo. Pero las fuerzas de la reacción ganaron finalmente la partida y su desquite fue aterrador. Fue típica la escena de Dresde descrita por Clara Schumann (esposa del compositor):

«Fusilaron a todo insurgente que caía en sus manos; la dueña de nuestro albergue nos dijo después que su hermano, propietario de "El ciervo de Oro", de la calle Scheffel, fue obligado a estar presente y mirar cuando los soldados fusilaron uno tras otro a veintiséis estudiantes que encontraron en una sala del local. Se dice que arrojaron hombres a la calle por docenas desde el tercer piso y el cuarto. ¡Es horrible tener que soportar estas cosas! ¡Así es como tienen que luchar los hombres por un poquito de libertad! ¿Cuándo llegará el momento en que todos los hombres tengan los mismos derechos?».

La respuesta que propuso Marx fue el comunismo. La experiencia del siglo XX nos ha enseñado en términos nada inciertos que no funciona. Y, sin embargo, siguen sin respuesta varias de las más perspicaces críticas de Marx al capitalismo; siguen presentes las demandas —urgentes y cruciales en su época— de justicia social que él planteó. La existencia del lujo al lado de una indigencia implacable que puede observarse hoy en Bombay y San Paulo

resultaría del todo familiar al Marx que deambulara por las calles del Londres de Dickens. Hasta en los centros neurálgicos de la afluencia del siglo XXI creada por el capitalismo son todavía evidentes sus «contradicciones» en los guetos urbanos de Nueva York y Los Ángeles, en los desiertos económicos del nordeste de Inglaterra y en los barrios bajos de Nápoles. El capitalismo ha llegado a ser *la* historia mundial de un éxito, pero a un precio. Este precio empezó a ser insoportable en tiempos de Marx.

Vida y obras de Marx

Karl Marx nació el 5 de mayo de 1818 en la provinciana ciudad alemana de Tréveris, situada a sólo unos diez kilómetros de la frontera luxemburguesa; sobre el río Mosela, famoso por los viñedos de sus riberas. Su proximidad a la frontera y su amor por el vino hacen de Tréveris un lugar placentero y cosmopolita; rasgos que habían de ejercer una influencia importante en Marx.

Igual que tantos ardientes revolucionarios; Marx se crio en un confortable entorno burgués. Su padre, Hirschel, fue un prestigioso abogado local propietario de un par de pequeños viñedos, y uno de sus tíos participó en la fundación de Philips, el gigante industrial holandés. Hirschel Marx no fue un hombre religioso, a pesar de que descendía de un linaje de rabinos. Se convirtió al cristianismo, igual que muchos judíos alemanes de la época —como el compositor Félix Mendelssohn y el poeta Heinrich Heine—. En gran medida no era más que un formalismo que le permitía asimilarse con mayor facilidad a la sociedad de la clase media alemana. Hirschel (que ahora pasó a llamarse Heinrich) Marx ya había abrazado con entusiasmo la cultura europea. Sus autores favoritos eran Kant y Voltaire, una mezcla característica de la profundidad alemana y el ingenio subversivo francés. Alemania se encontraba inmersa en el proceso de convertirse en un Estado-nación unificado; Renania había sido tomada por Prusia en 1815. A los ojos de las gentes más liberales de la provincia los nuevos gobernantes prusianos eran autócratas opresores. El padre de Karl se adhirió a un club político que instaba al Estado prusiano a adoptar una constitución que consagrara los derechos de los ciudadanos.

Han llegado hasta nosotros pocos detalles de la infancia de

Marx, aparte de su costumbre de hacer comer a sus hermanas tartas de barro. Suena como la típica leyenda basada en un único incidente: chicas que lloran con los labios llenos de barro, madre escandalizada, Karl escondido, etc. Ni que decir tiene que los comentaristas han explotado al máximo sus implicaciones metafóricas: esto es lo que el Marx adulto nos hizo a todos, y así sucesivamente. Para cuando accedió a la Universidad de Bonn, a la edad de dieciocho años, Karl era ya un ávido consumidor de libros y de vino que repartía equitativamente su tiempo entre la biblioteca y las tabernas. Durante cierto alboroto en una de éstas, se comportó de tal modo que provocó a un cadete local a que le retara a duelo, pero tuvo la bastante suerte para emerger de este episodio sin nada más serio que la tradicional cicatriz. Karl no tuvo nunca un tipo atlético, e incluso pudo eludir el servicio militar por razones de salud (con la ayuda del informe algo sospechoso de un doctor).

Marx se trasladó un año más tarde a la Universidad de Berlín, aparentemente para proseguir sus estudios de derecho; pero para entonces había descubierto la filosofía, y todo lo demás palideció hasta la insignificancia. Berlín era la capital de Prusia, quedaba lejos de la Renania amante del vino, y la vida estudiantil era allí un asunto mucho más serio. El gran Hegel había sido profesor de filosofía y había llegado a ser el apologista filosófico oficial del Estado prusiano. Pero Hegel había muerto cinco años antes y un amplio grupo de sus seguidores habían desarrollado sus ideas en un amplio abanico de direcciones. El vasto sistema filosófico idealista había mostrado estar abierto a diversas interpretaciones contradictorias, muchas de las cuales estaban lejos de simpatizar con el Estado represor prusiano y con todo lo que éste representaba.

Marx asistió debidamente a las lecciones oficiales sobre la filosofía de Hegel, pero dijo que llegó a enfermar «por la vejación intensa de tener que hacer un ídolo de una visión que detestaba». Irónicamente, Hegel había de ser una de las principales influencias en la filosofía de Marx. Pero fueron el dinamismo y el alcance de esta filosofía, más que su contenido real, lo que atrajo a Marx.

La filosofía de Hegel contemplaba el mundo y toda la historia como un vasto sistema omnicomprensivo en evolución constante. Esta evolución surgía de la pugna entre contradicciones, y funcionaba de manera dialéctica. Cada idea implica y genera la idea

contraria. Por ejemplo, la idea de «ser» implica la noción de «no ser», o nada. Estos dos opuestos, la tesis y su antítesis, se combinan para formar la síntesis, que es el «devenir». En el omnicomprensivo sistema dialéctico de Hegel, esta síntesis pasa a ser una nueva tesis, que a su vez produce su propia antítesis, y así sucesivamente. Este sistema dinámico abarca todas las ideas, toda la historia y todos los fenómenos, hasta el nivel más alto del Espíritu absoluto reflejándose en sí mismo, que es la totalidad de todo lo que existe.

Más concretamente, la filosofía de la historia de Hegel sostiene que la evolución de las leyes y de las instituciones de gobierno de una sociedad reflejan el *ethos* y el carácter de las gentes que la componen. Puede que esto parezca obvio a quienquiera que esté acostumbrado a vivir en una sociedad más liberal, pero estaba lejos de serlo hace 150 años en el represivo y burocrático Estado prusiano. Hegel sostenía que había una conexión dialéctica entre el Estado y sus ciudadanos. Esta dialéctica tenía un aspecto a la vez lógico y orgánico. La estructura evolutiva del Estado y las cambiantes tradiciones de sus gentes eran parte de la misma cosa.

La inmensamente prolija y compleja filosofía de Hegel apareció en un momento histórico oportuno. Su idealismo, su énfasis en que todo se movía hacia el Espíritu Absoluto, llenó el vacío espiritual dejado por una desilusión creciente respecto de la religión. Fue Hegel quien en 1827 proclamó por primera vez «Dios ha muerto», y no su secuaz Nietzsche, a quien se le atribuye de costumbre este dicho. Hegel se refería a la idea cristiana de Dios, más limitada; que sería reemplazada por el Espíritu Absoluto. Aun así; la expresión era extremadamente blasfema; no obstante; estaba enterrada profundamente en la confusión de una obra poco menos que ilegible y pasó generalmente desapercibida. El resultado fue que su filosofía les pareció esencialmente conservadora a las autoridades prusianas. Su énfasis en un vasto sistema jerárquico era como el sueño absoluto de un Estado burocrático. El acento de Hegel en lo espiritual; su religiosidad; y el conservadurismo represivo de su sistema era lo que ponía enfermo a Marx.

Otra influencia importante en la evolución intelectual de Marx fue el filósofo humanista y moralista alemán Ludwig Feuerbach; que había nacido en 1801 y estudiado en un principio teología. Feuerbach abandonó la teología cuando tenía poco más de veinte

años para estudiar filosofía con Hegel en Berlín. Para cuando Feuerbach publicó sus obras más importantes había progresado mucho más allá de la teología ortodoxa y del hegelianismo ortodoxo de sus primeros años. Según Feuerbach, el cristianismo no tiene nada que ver con la relación de la humanidad con Dios. Esta religión, como todas las religiones, implica de manera escondida la relación entre la humanidad y su propia naturaleza esencial. Los atributos de Dios no son en realidad ni más ni menos que una proyección de los atributos de la humanidad. El llamado conocimiento de Dios no es de hecho más que el conocimiento de nosotros mismos y de nuestra propia naturaleza. Para Hegel, el pináculo de su sistema era Dios, en forma de Espíritu Absoluto reflejándose en sí mismo. Feuerbach aceptó esta estructura, e incluso su dinamismo, pero lo interpretó todo desde un punto de vista humanístico. El Espíritu Absoluto reflejándose en sí mismo no era ni más ni menos que la propia autoconciencia de la humanidad, la conciencia que se forma el hombre de su naturaleza esencial, la comprensión de su ser substantivo. Lo que para Hegel había sido ideal y espiritual fue para Feuerbach humanista y *materialista*. No había ningún «espíritu» implicado. Como veremos, estas ideas ejercieron un efecto profundo en Marx, aunque no las tragó enteras. Irónicamente (y significativamente), Marx admitió el materialismo de las ideas de Feuerbach, pero criticó su falta de hegelianismo. Las ideas de Feuerbach estaban bien, pero les faltaba toda la perspectiva dialéctica e histórica. La historia, la sociedad, la humanidad misma (o la conciencia de sí misma en forma de Dios) no eran algo inmutable. Todo *evolucionaba* y se desarrollaba dialécticamente: la idea original generaba su propia contradicción, lo cual se resolvía a continuación en una síntesis.

La abrumadora influencia de Hegel, junto con las vagas ambigüedades de su idealismo, permitieron que sus seguidores desarrollaran su pensamiento en todas las direcciones. La tesis inicial del conservadurismo prusiano pronto generó su antítesis en los que se llamaron a sí mismos hegelianos de izquierda. Prominente entre éstos fue el pensador bávaro Max Stirner, que también había asistido a las clases de Hegel en Berlín. Las ideas de Stirner eran tan extremas que habían de servir más tarde de soporte filosófico al movimiento anarquista. No se podían negar las

implicaciones revolucionarias de su extremado egoísmo. Para Stirner, la conciencia crea la realidad, el ego individual es responsable de su mundo. Cosas como la clase social, las masas, el Estado, e incluso la propia humanidad no tienen una realidad objetiva. Una vez más, Marx captaría la sutileza de estas ideas y les daría la vuelta. Le impresionó la visión de Stirner de la profunda relación existente entre conciencia y realidad socio-histórica. Pero para Marx era la conciencia misma la que era en realidad creada por las circunstancias materiales externas, y no al revés.

Marx comenzó entonces a desarrollar su propia filosofía, en un intento por combinar estas ideas seminales en un materialismo cabal movido por fuerzas dialécticas. Su objetivo era «poner a Hegel cabeza abajo». La pasión juvenil de Marx puso estas ideas en forma heroica. Su tesis doctoral exaltó a Prometeo, el antiguo héroe griego que robó el fuego de los dioses para entregárselo a la humanidad. Como castigo, Prometeo fue encadenado a una roca en el Cáucaso, donde un águila le visitaba cada día para picotear su hígado siempre renovado. Marx se identificó con Prometeo toda su vida; este antiguo héroe griego nos ofrece una misteriosa metáfora del destino de Marx y sus ideas. La etimología griega de Prometeo significa «el que ve, o piensa, el futuro».

Al abandonar la Universidad de Berlín, Marx tenía grandes esperanzas de obtener un puesto en alguna universidad secundaria alemana. Por desgracia, Federico Guillermo IV fue coronado *kaiser* de Prusia y su reinado inició una nueva época reaccionaria. Los hegelianos de izquierda, y todos los asociados con esta evolución del pensamiento de Hegel, fueron expulsados de las universidades controladas por el Estado.

Después de buscar por todos lados un empleo, Marx encontró trabajo como periodista en el recién fundado *Rheinische Zeitung* (*Diario renano),* un periódico liberal de Colonia. A pesar del estilo espantosamente prolijo adquirido con Hegel, Marx resultó ser un periodista excelente. Si la teoría le inspiró la jerga, la práctica le indujo a acuñar las frases resonantes que habrían de ser típicas de su manera de escribir durante toda su vida.

Marx tuvo tanto éxito como periodista que al finalizar su primer año de trabajo fue ascendido a director. El idealista jefe, buen bebedor y muy trabajador; fue muy popular entre su joven equipo

idealista; formado por buenos bebedores muy trabajadores que le apodaron el «Moro», por su tez morena y su barba. El *Rheinische Zeitung se* convirtió en una espina clavada en el costado de las autoridades prusianas; su circulación se triplicó, haciendo de él el periódico más leído de Prusia. Las relaciones sociales y políticas de Marx tomaron un camino dialéctico que había de ser característico durante toda su vida. Habiendo atacado a las autoridades, procedió a poner como un trapo a la oposición liberal por su ineficacia. A continuación la emprendió contra su equipo izquierdista, todos revolucionarios teóricos, desechando la idea de revolución como un sueño imposible que no había sido pensado adecuadamente. A pesar de ello, el *Rheinische Zeitung* fue cerrado por las autoridades en 1843.

A su manera cada vez más dialéctica, Marx acometió dos empresas en rápida sucesión. Decidió primero asentarse y casarse, y enseguida abandonar su patria y marchar al exilio. La mujer con quien se casó era su novia de la infancia. Se decía que Jenny von Westphalen era «la muchacha más bella de Tréveris»; descendía de una familia aristocrática local con poderosas conexiones políticas. (Su padre tuvo una posición de primer orden en la administración del gobierno, y su hermano mayor llegaría a ser un ministro extremadamente represor en el gobierno prusiano). ¿Qué es lo que pudo ver la encantadora Jenny en este desaliñado y escandaloso judío, que era además cuatro años más joven que ella? El hecho es que Jenny estaba mortalmente aburrida con su vida de princesa provinciana. Era muy inteligente, de buenas lecturas, y anhelaba una vida lejos del sofocante circuito de la clase alta de Tréveris. Casarse con Marx, que no tenía un céntimo, ciertamente le procuraría esta salida, aunque quizás no en la forma que ella previo. En todo caso fue un matrimonio de amor por ambos lados. A través de todas las vicisitudes, Jenny y Karl permanecieron profundamente apegados el uno al otro.

Después de casarse con su aristocrática prometida, Marx la llevó consigo a París. Considerada por entonces como el centro revolucionario de Europa, París ya había sido escenario de revoluciones en 1789 (la Revolución Francesa) y en 1830 (la revolución que derrocó a la monarquía restaurada). En la ciudad existían toda clase de grupos políticos de izquierda. Evidentemente,

las ideas de Marx habían sufrido una nueva transformación dialéctica desde sus últimos días en el *Rheinische Zeitung*. Pensaba ahora que la revolución era la respuesta, y se hizo pronto miembro de los noveles comunistas. Pero ¿cómo se podría llevar a cabo la revolución? Primero habría que preparar un detallado programa intelectual. Y si la política había de cambiar, también la economía. Marx comenzó un estudio intensivo del padre fundador de la economía, el escocés Adam Smith, y de su sucesor, el inglés David Ricardo. A la vez empezó a forjar las bases filosóficas de su pensamiento, en forma de una epistemología propia. ¿Cuál es el fundamento de nuestro conocimiento del mundo? ¿Cómo conocemos, y cómo sabemos silo que conocemos es verdadero?

La epistemología de Marx es uno de los aspectos más débiles y menos originales de su pensamiento, pero es importante por dos razones. Es la base estrictamente filosófica de las grandes ideas que habían de venir, y su carácter dinámico resuena a través de todo el pensamiento sistemático de Marx. Como hemos visto, transformó las influencias recibidas hasta mezclarlas en una filosofía exclusivamente materialista. En línea con esto, deseaba basar todo el conocimiento en premisas estrictamente científicas.

Para Marx, el conocimiento comienza con la experiencia —nuestras sensaciones y percepciones— del mundo material. Pero el materialismo de Marx difería significativamente del de sus predecesores. Los materialistas anteriores tendían a ver sensación y percepción en términos pasivos. La luz incide en nuestros ojos, sentimos calor, oímos un sonido. Nuestra percepción de lo que vemos y oímos en modo alguno lo modifica, son cosas que nos afectan. Para Marx, por el contrario, la percepción es una interacción entre nosotros, el sujeto, y el objeto material. Este objeto (el mundo que nos rodea) se transforma en el proceso de ser conocido. Nuestras percepciones no descubren la verdad del mundo, sólo su apariencia, de tal modo que tampoco nuestro conocimiento puede ser verdadero, sino que consiste en métodos prácticos mediante los cuales podemos manipular y controlar el mundo natural. Nuestro conocimiento del mundo no es pasivo, sino que tiene un propósito. Es un proceso de doble sentido —activo y reactivo— en línea con la dialéctica.

La síntesis de conocimiento científico que así ganamos nos

permite imponer modelos de orden y manipular o anticipar el funcionamiento de la naturaleza. Este proceso no alcanza la verdad tal como es concebida de costumbre. «La cuestión de si la verdad objetiva puede ser atribuida al pensamiento humano no tiene nada que ver con la teoría, es un cuestión puramente práctica. La verdad es la realidad y el poder del pensamiento, y sólo puede demostrarse en la práctica». Esto condujo a Marx a su famosa conclusión: «Hasta ahora, los filósofos han tratado solamente de interpretar el mundo, pero la verdadera tarea es la de *cambiarlo*».

Es mucho lo que se ha hablado sobre esta fijase. Tomada como una *actitud* filosófica, parecería descalificar a su autor en cuanto filósofo, puesto que aboga por el abandono de la filosofía en favor de la acción política. Esta famosa observación suya está abierta a todas las objeciones *filosóficas* que se han formulado en su contra. Pero si se la mira a la luz de su epistemología —en un proceso interactivo— *sí* tiene valor filosófico. Expresa un asunto profundo. No existe la verdad absoluta. Aprendemos cómo funciona el mundo a fin de usarlo, de vivir en él. Desafortunadamente, incluso dentro de su contexto original; Marx parece haber querido tenerlos dos aspectos.

Con el propósito de poder mantenerse en París, Marx consiguió ser nombrado redactor del *Anuario Germano-francés*. Por medio de esta revista conoció a otro colaborador de sus mismas ideas llamado Friedrich Engels, cuyo padre era propietario de hilaturas de algodón en Renania y de una en Manchester; Inglaterra. Engels, que contaba veintitrés años de edad, había estado trabajando para el negocio familiar en Manchester durante dos años. Sin embargo, en su tiempo libre dedicaba sus esfuerzos en pro de sus ideales revolucionarios; relacionándose con carlistas y seguidores de Robert Owen, así como acudiendo a los mítines comunistas. A diferencia de Marx, Engels convivía abiertamente con sus dicotomías. A la vez que era un rebelde en su casa, trabajaba en el negocio de la familia. A pesar de haber dejado la escuela a los diecisiete, llegó a tener algo más que nociones de veinticuatro idiomas. Aunque fungía de honorable hombre de negocios y miembro de la bolsa de algodón de Manchester, vivía abiertamente con su amiga de la clase trabajadora, una pelirroja irlandesa analfabeta llamada Mary Burns. Fue Mary quien le llevó a los barrios bajos irlandeses por la zona de

Oxford Road, peligrosos para todo el que no viviera allí. En esas visitas descubrió Engels las escenas que aparecen en su obra pionera La *condición de la clase obrera en Inglaterra*:

«Montones de desperdicios, despojos y nauseabundas inmundicias que yacen por todas partes entre los charcos envenenan la atmósfera con sus efluvios, cargados y oscurecidos por el humo de una docena de chimeneas de fábricas. Una muchedumbre de andrajosas mujeres y niños pululan por allí, tan sucios como los cerdos que bullen entre pilas de basura y en los lodazales [...]. La raza que vive en estas cabañas ruinosas; tras ventanas rotas [...] o en oscuros y húmedos sótanos [...] ha llegado realmente al nivel más bajo de la humanidad [...]. En cada una de estas madrigueras con dos habitaciones como máximo; un desván; y quizás un sótano, viven veinte seres humanos como promedio».

Sorprendentemente; esto era aproximadamente un año *antes* de la hambruna irlandesa provocada por la mala cosecha de patatas, cuando murieron un millón de personas y muchas más se vieron obligadas a emigrar volcándose sobre «pequeñas Irlandas» por toda Gran Bretaña y Norteamérica. Una vez que Engels paseaba con un colega hombre de negocios y le indicó que estos barrios eran una vergüenza para Manchester; su acompañante escuchó cortésmente y le comentó al despedirse: «Y, sin embargo, aquí se genera una buena cantidad de dinero. ¡Buenos día, Señor!».

Engels se había tropezado brevemente con Marx cuando éste era director del *Rheinische Zeitung,* pero en esa oportunidad ninguno de los dos había quedado muy impresionado. Marx no reconoció un espíritu afín en Engels hasta que éste mandó artículos para el *Anuario germano-francés*. La segunda vez que se encontraron, Engels estaba disfrutando de una corta visita a París de camino a su casa en su viaje de vacaciones. El *bon viveur* comunista y el desaliñado periodista fumador de tagarninas descubrieron que tenían en común mucho más que sus grandes barbas. A lo largo de la visita de diez días de Engels, los dos entablaron una profunda relación que había de durar toda la vida. Engels fue el único amigo con el que nunca riñó. Por su parte, Engels reverenciaba a Marx, y no es una exageración. Dedicó una buena parte de su tiempo y dinero a apoyar a su amigo y héroe, por no hablar de la energía emocional y física que demandaba esta exigente tarea.

A pesar de que Marx estaba casado y tenía ya una niña, vivía todavía la precaria vida de buhardilla de un estudiante pobre. Esto fue también un rasgo permanente en la vida de Marx. Como veremos, se debía a algo más que una mera necesidad financiera. La falta de respetabilidad, o de responsabilidad social, parece haber colmado alguna no resuelta necesidad psicológica. Marx fue pobre toda su vida, pero nunca con la pobreza de la clase trabajadora, la extrema miseria y la desesperanza de que fue testigo Engels en Manchester. La pobreza de Marx fue siempre más bien la del perenne estudiante que atraviesa una mala —a menudo muy mala— racha, pero en la que se podían reconocer rasgos del «caballero» imprevisor.

Marx y Engel usaron el *Anuario germano-francés* como portavoz de sus ideas radicales, que empezaron a circular de esta manera en Alemania. Las autoridades prusianas pronto secuestraron ejemplares de la revista y presionaron al gobierno francés para que refrenara a Marx, con lo que la revista fue cerrada y Marx fue expulsado de Francia. En lugar de regresar a Alemania se dirigió a Bélgica, que había obtenido su independencia sólo catorce años antes, y fijó su residencia en Bruselas. La impecune[1] familia Marx creció hasta cuatro miembros al dar Jenny a luz un hijo.

Engels siguió a Marx hasta Bruselas, donde ambos se adhirieron a la recién formada Liga Comunista. En reconocimiento a sus hazañas periodísticas, a Marx y Engels se les asignó la tarea de escribir un manifiesto para la Liga. Éste es el origen del primer *Manifiesto* del partido comunista. Fue éste un nombre en cierto modo impropio desde el comienzo. No había tal partido comunista, y la Liga Comunista no era más que uno de los varios grupos que se llamaban a sí mismos comunistas. De manera similar, la idea de escribir un manifiesto no era la de proclamar la política comunista, sino establecer precisamente en qué consistía esa política. Se esperaba que Marx y Engels tomaran las varias ideas confusas y dispares que constituían el comunismo y las compactaran hasta darles una forma sólida y casi definitiva. Superaron con creces los sueños más esperanzados de quienes les encargaron la tarea. El *Manifiesto comunista* (como se le conoce popularmente hoy) llegaría a ser con el tiempo el mayor éxito de ventas de la historia de la imprenta, junto con la Biblia y Shakespeare. No cabe ninguna duda

de que este documento de cuarenta páginas es *la* obra cumbre de su clase.

El inicio es adecuadamente dramático: «Un fantasma recorre Europa; es el fantasma del comunismo». En uno de los primeros borradores Engels definió el comunismo como «la doctrina de las condiciones para la emancipación del proletariado [...] esa clase de la sociedad que se procura su medio de vida única y exclusivamente mediante la venta de su trabajo». Se alcanzaría la liberación «por la eliminación de la propiedad privada y su sustitución por la propiedad común». Según Marx, cuyas sonoras frases dominan el documento, «La historia de toda la sociedad que ha existido hasta el presente es la historia de la lucha de clases». Se pasó de la época de la esclavitud, a través del feudalismo, a la sociedad burguesa moderna, en la que la burguesía podía dominar al proletariado debido a que poseía los medios de producción, tales como la maquinaria y las fábricas.

Sorprendentemente, Marx estaba muy dispuesto a admitir los logros sin paralelo alcanzados en la era burguesa. «Ha sido la primera en mostrar lo que la actividad del hombre puede producir. Ha realizado maravillas que han dejado muy atrás a las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha llevado a cabo expediciones que han ensombrecido éxodos anteriores de naciones y cruzadas». *Pero,* y aquí viene todo el peso del análisis de Marx: «Ha roto en pedazos los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con su "superior natural", y no ha dejado otro nexo entre hombre y hombre que el desnudo egoísmo, el brutal "pago al contado". Ha ahogado los éxtasis más celestiales del fervor religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo sencillo, en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un valor de cambio, y en lugar de las innumerables e incontestables libertades establecidas ha instaurado una única e inescrupulosa libertad, el Libre comercio». La riqueza humana de la vida medieval (como la que aún persistía en lugares preindustriales como Tréveris) había dejado paso a la pesadilla urbana industrial (como la que se podía observar desde las ventanas de las buhardillas de estudiante en Berlín y París). La humanidad había sido deshumanizada. Las libertades individuales habían sido enganchadas al libre comercio, precisamente el factor

que, según Adam Smith, permitía a la «mano invisible» del mercado hacer su trabajo y proveer beneficios para todos.

Por primera vez se hacía un análisis bien definido diametralmente opuesto a la economía clásica. La victoria del proletariado traería consigo la primera sociedad sin clases. El mercado y el libre comercio trabajaban en beneficio del capitalista a expensas del proletariado, que era simplemente explotado. No tenía sentido hablar de reformas; la única respuesta era el derrocamiento del capitalismo.

A pesar de esta argumentación, Marx ofrece en el *Manifiesto* una lista de reformas del capitalismo. Hoy aceptamos como norma algunas, tales como el impuesto progresivo sobre la renta, la abolición del trabajo infantil y la educación gratuita para todos los niños. Otras han sido ensayadas, como la abolición de la propiedad privada y el establecimiento del monopolio del Estado en la banca, las comunicaciones, el transporte y en todos los medios de producción. Los intentos por establecer estos utópicos proyectos han llamado forzosamente la atención sobre el significado real de la palabra utopía (que se deriva del griego antiguo *u,* que significa no o ningún, y *topos,* lugar). Hay otra recomendación de Marx que a menudo pasa desapercibida: «Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y rebeldes». Extraña sugerencia, viniendo de un emigrante rebelde, pero puesto que Marx rara vez poseyó alguna propiedad, a su autor no le afectaría seguramente esta medida draconiana.

El *Manifiesto* termina con su célebre llamada a las armas: «Los comunistas desprecian esconder sus opiniones y sus métodos. Declaran abiertamente que sus fines pueden conseguirse solamente mediante el derrocamiento por la fuerza de todas las condiciones sociales existentes. Que las clases gobernantes tiemblen ante la revolución comunista. El proletariado no tiene nada que perder sino sus cadenas. Tiene un mundo que ganar.

¡TRABAJADORES DEL MUNDO, UNÍOS!»

Marx puso los toques finales al *Manifiesto* en enero de 1848. Aunque no pudo circular con la velocidad suficiente, o en números suficientes como para ejercer un efecto inmediato, no hay duda de que Marx captó el ánimo de la época. 1848 sería el «año de la

revolución» por toda Europa. En enero estalló una revolución local en Sicilia, los meses siguientes sucedió otra en París, se extendió después a Alemania, el resto de Italia… Los revolucionarios no eran los únicos en pensar que la civilización burguesa europea estaba tocando a su fin.

Marx siguió una vez más su propio camino dialéctico. Animado por Engels, sorprendió a la Liga Comunista volviéndole la espalda a la causa. Los dos abandonaron Bélgica y regresaron a Renania, donde Marx aceptó el cargo de director del *Neue Rheinische Zeitung* resurrecto. Para asombro de sus amigos, Marx se puso a escribir artículos en los que denunciaba la revolución. Era una equivocación, en opinión de Marx. En lugar de eso, la clase trabajadora debería colaborar con la burguesía democrática si es que había de lograrse algo que valiera la pena. Este inesperado cambio dialéctico duraría poco tiempo, al generar pronto su propia conclusión dialéctica.

El emperador Federico Guillermo IV disolvió la Asamblea prusiana de Berlín en 1848. Esto fue demasiado para Marx, que inmediatamente abogó por la resistencia armada ante semejante suspensión de los derechos democráticos. Fue arrestado, pero tuvo una actuación valiente en el juicio. Declaró ante el jurado que no había llamado a la revolución, sino simplemente a la defensa del reino. El propio Rey había sido culpable de la revolución. Era tal el sentimiento popular del momento que Marx fue absuelto, e incluso recibió el agradecimiento del jurado en medio de las aclamaciones de la sala.

Mientras tanto, los asustadizos burgueses que sostenían el *Neue Rheinische Zeitung* le habían retirado su apoyo, aunque Marx se las arregló para sacar un número final. Fue impreso en brillante tinta roja, con Marx anunciando en su editorial que su «últimas palabras, siempre y en cualquier parte, serán: *¡emancipación de la clase trabajadora!*». La edición produjo el alboroto esperado, y Marx fue deportado.

Marx llegó en agosto de 1849 a Londres casi sin un céntimo, acompañado de su familia, que había crecido hasta tres niños y con Jenny embarazada una vez más. En prueba de solidaridad, él y Engels se reincorporaron a la Liga Comunista, cuya sede central internacional estaba en Londres. La familia Marx vivió al día

durante casi un año desde su llegada a la ciudad, trasladándose de un alojamiento barato a otro en las callejas humildes de alrededor de Leicester Square, las preferidas por los exiliados políticos del continente. Jenny Marx dio a luz ese mismo año a su cuarto hijo, un niño. Poco después, la familia fue desahuciada por impago del alquiler y se vio en la calle con sus escasos y pobres muebles. Fueron rescatados por la caridad de un amigo exiliado, pero el bebé murió al finalizar el año.

Engels, que había abandonado su intención de ser periodista, fue el proveedor de una caridad constante. Había regresado a la fábrica de su padre en Manchester, en parte al menos para poder ayudar a Marx. A comienzos de 1851, Marx y su familia encontraron un alojamiento permanente en dos habitaciones del piso más alto del 28 de Dean Street, en el Soho. Fue el principio de una década dé retiro de Marx, una época de aislamiento espiritual y político, sostenido por las entregas de dinero de Engels, exiliado a trescientas millas de distancia en Manchester.

La Liga Comunista era el único consuelo de Marx. Su personalidad carismática y genuinamente entrañable, junto con un intelecto intimidador y de vasto registro, hacían de él un líder natural. Pero sus mayores habilidades políticas se adaptaban mejor a grupos pequeños, como el taller de un periódico o la reunión de un comité. Necesitaba dominar, y no le gustaba aparecer en mítines públicos o tratar con sus pares intelectuales que podrían cruzar espadas con él. Marx se vio incapaz de dominar la Liga Comunista, que pronto se desmoronó, tanto en Inglaterra como en Alemania, en medio de una confusión de riñas y recriminaciones, en su mayor parte debidas a choques de personalidades disfrazados de diferencias políticas irreconciliables. La casa de Marx en Dean Street estaba bajo la vigilancia permanente de espías de la policía prusiana. Él y Engels llegaron a escribir una carta conjunta a *The Spectator*, la revista más conocida de Londres, quejándose de que «las puertas de las casas donde vivimos son vigiladas de cerca por individuos de aspecto más que sospechoso que toman nota tranquilamente cada vez que uno entra o sale de la casa; no podemos dar un paso sin que nos sigan a donde quiera que vayamos». Uno de los espías se las arregló incluso para entrar en el hogar de Marx y nos dejó el cuadro más íntimo que tenemos de él

durante esa época:

«Al entrar en su cuarto los ojos se ven tan ofuscados por los humos del carbón y del tabaco que pareciera que uno se adentrara torpemente en una cueva [...]. Todo está tan sucio, y el lugar está tan lleno de polvo, que incluso sentarse es una empresa arriesgada. La silla en que se sienta uno tiene sólo tres patas; la única silla completa se usa por los niños para jugar y para preparar alimentos. Además de ser un anfitrión mezquino, Marx es también una persona completamente desorganizada y cínica. Lleva la existencia de un auténtico intelectual bohemio. Rara vez se lava, peina sus cabellos, o cambia de ropa. Le gusta también emborracharse. A veces se mantiene ocioso durante días enteros, pero trabaja día y noche incansable si tiene mucho que hacer. No obedece a ninguna rutina en cuanto a la hora de levantarse o ir a la cama. Frecuentemente se mantiene despierto toda la noche, para al mediodía tumbarse vestido en el sofá y dormir hasta la tarde, indiferente a quien entre o salga de la habitación».

En toda justicia, este régimen caótico ha debido serle impuesto por el hecho de que compartía dos cuartos reducidos con una esposa, tres niños pequeños, Lenchen —la criada alemana— y supuestamente el extraño visitante prusiano que tomaba atropelladas notas acerca de la desaliñada persona que roncaba tranquilamente en el sofá mediada la tarde.

A pesar de esto, Marx se impuso un régimen incansable de estudio en el Museo Británico. La revolución de 1848 había fracasado y en Europa se había instalado un periodo de represión severa, con la consiguiente desesperación de muchos radicales. Pero Marx poseía un aguante psicológico excepcional. Mientras esperaba su hora, decidió pasar al papel sus ideas revolucionarias, en una tarea que le llevaría los primeros largos años de su aislamiento. Vivir en Londres le situaba de manera ideal para su empeño. En 1856 se abrió en el Museo Británico una soberbia nueva sala de lectura con el mejor equipamiento del mundo para la investigación, bajo una amplia cúpula (cuyo diseñador italiano se había asegurado de que no sobrepasara la cúpula de San Pedro en Roma reduciendo a escondidas su diámetro en unas pocas pulgadas). Allí podía Marx estudiar a Hegel y a Feuerbach en el original alemán e investigar en detalle las obras de Smith y Ricardo, así como consultar las filas de

informes encuadernados de los comités parlamentarios, que se alineaban en las paredes junto a su asiento favorito.

Marx se convirtió pronto en una imagen familiar por las calles del Soho. Incluso en la hirsuta época victoriana se destacaba de la multitud, hecho que se acentuaba por su pesado acento alemán, que no hacía nada por mejorar. La dieta de pan y patatas, los baratos tagarninas que manchaban y fumigaban constantemente su barba y sus pulmones, la vida sedentaria y la bebida, empezaron pronto a pasar factura. Sufrió de dolorosos furúnculos, una maldición de proporciones bíblicas que siguió desvencijando su frágil contextura hasta el final de sus días. Pero otros miembros de la familia no tenían la misma resistencia, y dos de sus hijos murieron en la infancia.

Por si esto no fuera bastante, Marx tuvo una relación con la criada de la familia, Lenchen Demuth, y la dejó embarazada. Engels, asiduo visitante, tomó para sí generosamente la culpa. Cuando Lenchen dio a luz un pequeño niño moreno e hirsuto, Jenny tuvo sus sospechas, pero se las reservó por el bien de la familia. Años más tarde, en su lecho de muerte, Engels reveló la verdad a Eleanor, la hija de Marx conocida como «Tussy».

Freddy Demuth creció hasta convertirse en un auténtico miembro del proletariado; trabajó en un taller técnico en Hackney, el barrio de clase trabajadora del Este de Londres. A su vejez llegó a ver el cumplimiento de las ideas de sus dos «padres» en la Revolución Rusa y la instauración de la Unión Soviética. Las hermanas de Freddy fueron menos afortunadas. La hija mayor de Marx, Laura, se suicidó en compañía de su esposo anarquista cuando vivía en la pobreza en París. La favorita, Tussy, escogió el mismo camino después de haber sido repudiada por su mujeriego amante, que llegó incluso a darle el ácido prúsico que bebió causándole una muerte atroz.

Pero no todo fueron tiempo de miseria constante. En domingos de verano, la familia viajaba hasta Hampstead Heath para disfrutar de alegres *picnics*, con saltos de pídola y otros juegos. Ha llegado hasta nosotros la descripción grotesca de una juerga que corrió Marx con algunos amigos alemanes y que terminó con una «travesura de estudiantes», destrozando lámparas de gas con piedras, seguida de carreras de noche por las calles para esquivar a

los «*bobbies*» (nombre que reciben popularmente los policías de Londres en recuerdo de *Sir* Robert [Bob] Peel, que creó la primera policía uniformada de la ciudad unas dos décadas antes) que les perseguían. Marx fue siempre por temperamento el eterno estudiante. ¿Tal el hombre, tales sus ideas? Este debate ha permanecido siempre abierto. Pero, como veremos, ninguna descripción de una parte estaría completa sin la otra, y así lo requieren sus ecos, sus paralelismos y sus contradicciones dialécticas.

Todo indica que la pura desidia fue el factor que más contribuyó a la persistente pobreza de Marx. Engels seguía enviando dinero de manera regular, y Marx fue nombrado corresponsal en Londres del *New York Daily Tribune*, entonces el periódico de mayor tirada del mundo. Su contrato le obligaba a escribir cada dos semanas comentarios acerca de noticias británicas y del Imperio, aunque a menudo tenían que ser escritas a toda prisa por Engels para que llegaran a tiempo. En esto también afilaba Marx su técnica política. Cuando estalló el Motín Indio, su editor le pidió que predijera el resultado. Escribió a Engels: «Es posible que meta la pata, pero en ese caso siempre me podré zafar con un poco de dialéctica. He redactado mi proposición de tal manera que será verdad en ambos casos». (Así comenzó Marx una tradición marxista que había de sobrevivir al colapso de los dos imperios, el británico y el soviético).

A pesar de los ingresos regulares de Marx, su correspondencia con Engels incluye a menudo súplicas desesperadas de más dinero; refiriéndose a la llegada inminente de los alguaciles, a que no hay comida en la casa, y cosas semejantes. Era totalmente franco en sus discusiones políticas con Engels, y esta intimidad se extendía hasta su vida personal, más allá incluso de las urgencias financieras, hasta incluir detalles como la erupción de un grano en su pene, o que había decidido tomar las cosas con calma y quedarse en casa porque había empeñado sus únicos pantalones para comprar cigarros. ¿Karl Marx o Groucho Marx? A veces se hace difícil decidir. Por citar algunas estadísticas económicas pertinentes —a la manera preferida por Marx en sus obras— recibía
£150
al año de Engels, así como
£2

por cada uno de sus artículos quincenales para el *Tribune*. En el peor de los casos, sus ingresos anuales nunca cayeron por debajo de
£200,
cuando los ingresos de un empleado eran durante la época de
£75.
Los gastos de Marx eran modestos: el alquiler anual en Dean Street era de sólo
£22,
y Lenchen habría recibido
£22
al año (si le hubieran pagado alguna vez). Las restantes
£178
de los ingresos de Marx sencillamente se evaporaron en el aire lleno de humo de tabaco mientras Marx se sentaba a tomar el sol en calzoncillos junto a la ventana.

No obstante su pobreza, los Marx siempre tuvieron criada. La sufrida Lenchen era una muchacha campesina de Renania que había sido enviada para cuidarles por los padres aristocráticos de Jenny. A pesar de su vida bohemia, Karl y Jenny parecen haber tenido pretensiones. Marx no mostró nunca ninguna inclinación a doblar el espinazo en un trabajo real, y prefirió escribir extensamente acerca de las condiciones de una actividad semejante, lo cual movió a su exasperada madre a comentar: «Qué pena que el pequeño Karl no reúna algo de capital, en vez de simplemente escribir sobre él». Entretanto, Jenny Marx insistía en utilizar su título heredado de baronesa de Westphalen (un hecho que fue invariablemente pasado por alto en las biografías soviéticas y chinas).

Los Marx recibieron a su debido tiempo de la familia de Jenny la pequeña herencia que les permitió escapar de la siniestra Dean Street para mudarse a la pobreza más elegante de Grafton Terrace, en las afueras al norte de Londres. A pesar de su poca inclinación a proveer los bienes materiales necesarios para los suyos, Marx fue siempre un cabeza de familia muy amado, a quien todos llamaban por su apodo de «Moro». Quienes les visitaban podrían encontrarlo a cuatro patas dando «paseos a lomos de elefante» a sus hijos agarrados a su espalda, su pelo o su barba, chillando encantados. Durante esos años, Marx dejó crecer cada vez más sus cabellos y su barba, adquiriendo conscientemente una apariencia prometeica.

Creía que estaba «escribiendo el futuro». Marx parece haber encontrado una (breve) solución al problema de mantener a su familia. Al recibir Jenny otra pequeña herencia, le escribió en una carta a un amigo: «He estado, y esto es algo que no dejará de sorprenderle, especulando […] especialmente en acciones inglesas […] que han sido obligadas a subir a niveles poco razonables y que han colapsado en su mayor parte. He hecho de este modo
£400
y […] volveré a repetirlo todo. Éste es un tipo de operación que no exige mucho tiempo; vale la pena correr algún riesgo a fin de aligerar al enemigo de su dinero». Dado que ésta es la única mención que hace Marx de su nuevo *hobby*, es de suponer que la vez siguiente no fue «el enemigo» el que se vio aligerado del dinero. En todo caso, Marx volvió con vigor renovado a su disección radical del capitalismo.

Marx terminó finalmente en 1859 su primera obra grande en economía, la *Contribución* a *la crítica de la economía política*. La filosofía de Marx se basa en el análisis siguiente: la vida social está fundada en la vida económica, en cómo se producen las cosas dentro de una sociedad.

Las relaciones sociales se basan en las relaciones económicas. Por encima de éstas surge una estructura correspondiente de leyes y conciencia social que refleja la estructura económica. La vida ideológica e intelectual de una sociedad está enteramente determinada por el modo en que se producen las cosas dentro de ella. En palabras de Marx, que había comenzado ya a generar su propia jerga *lumpen:* «El modo de producción de la vida material determina el carácter general de los procesos sociales, políticos e intelectuales de la vida. No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia, sino que, por el contrario, es la existencia social lo que determina su conciencia». Los ecos de Feuerbach y Stirner están todavía claramente patentes.

El año 1859 asistió también a la publicación de *El origen de las especies* de Darwin. Las ideas sobre la evolución estaban en el aire. Marx dibuja la evolución filosófica de la conciencia, a la que ve desarrollándose de manera casi dialéctica, más que a través de la supervivencia del más apto. Originariamente vivíamos en armonía con la naturaleza (tesis); al oponernos a ella nos realizamos como

seres humanos (antítesis). De esta pugna nació la conciencia (síntesis). De igual modo, la evolución posterior de la conciencia humana ha permanecido inseparable de la lucha. Pero esta evolución ha llegado ahora a un estado de fatal ruina. En interés de la eficiencia los economistas han adoptado la noción de la división del trabajo. En lugar de un trabajador realizando en la fábrica la producción completa de un objeto, el proceso de fabricación ha sido roto en un número de tareas especializadas. En la producción de una caja de madera, por ejemplo, era más eficiente que un obrero serrara la madera en tablas, otro cortara éstas a las longitudes requeridas, otro reuniera las piezas necesarias para la fabricación de una caja, otro las clavara y un último trabajador barnizara la caja. De este modo se podían producir muchas más cajas que si cada obrero se encargara de todo el proceso de hacer una, pero esta mayor eficiencia producía estragos en la moral de los propios trabajadores.

Para Marx este proceso era destructivo de la conciencia de las personas implicadas. Cuando los trabajadores eran obligados a una continua repetición de una única tarea embrutecedora, perdían cualquier relación significativa con el producto que estaban ayudando a crear. En lugar de artesanos creadores se convertían en esclavos deshumanizados. Marx utilizó la palabra *alienación* para describir esta condición, recurriendo a un concepto derivado de Hegel, que rastreó su desarrollo histórico desde la época romana. Alienación era la condición de la falsa «conciencia desgraciada» experimentada por los plebeyos y esclavos oprimidos durante el apogeo del Imperio Romano. Antes habían disfrutado de la armoniosa vida social del paganismo, que ahora había sido aniquilada. El resultado fue que los individuos dirigieron su conciencia hacia adentro, lejos de la miseria de su realidad efectiva y hacia el transcendente reino de Dios en otro mundo. Éste fue el proceso dialéctico que hizo posible que la religión cristiana se difundiera tan rápidamente por todo el Imperio Romano. Los paganos se habían realizado antes en sí mismos y en su mundo. Los cristianos se retiraron del mundo y consideraron que sus vidas no tenían valor. Quedaron «alienados» de sí mismos.

De forma característica, Marx baja la categoría de espiritualidad de la idea de Hegel y la ve en términos enteramente económicos.

Conviene señalar que ecos del concepto dialéctico de Hegel pudieron oírse durante la Revolución Industrial en Gran Bretaña. Un renacimiento religioso, muy similar al fervor del cristianismo primitivo, sucedió en la alienada clase obrera británica industrializada. Un no-conformismo y pequeñas sectas cristianas crecieron como hongos en los barrios obreros de las ciudades británicas durante esa época.

Otro concepto crucial en la filosofía económica de Marx es el de propiedad privada, que era esencial en todo el proceso de producción para el mercado. Los objetos son producidos, vendidos y entonces poseídos. «La propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos y parciales que un objeto es sólo *nuestro* cuando lo tenemos, cuando existe para nosotros como capital, o cuando es directamente comido, bebido, llevado, habitado, etc., es decir, *utilizado* de algún modo […] Todos los sentidos físicos e intelectuales han sido reemplazados por […] el sentido de tener». En lugar de la satisfacción de un individuo, o de una comunidad, todo lo que el trabajador recibía era dinero, literal y metafóricamente, dinero contante y sonante. En opinión de Marx, «el dinero priva a todo el mundo, tanto al mundo humano como a la naturaleza, de su propio valor. El dinero es la esencia alienada del trabajo y de la existencia humanas; esta esencia le domina y él la reverencia». Cuando la producción y el mercadeo de las mercancías están enteramente motivados por el beneficio, se deja de lado la justicia social y hasta las necesidades humanas. Semejante mundo económico, que encuentra su razón de ser sólo en el beneficio, da por resultado una relación social grotescamente deformada que afecta a toda actividad humana. La vida política, intelectual, artística y hasta espiritual, todo se hace eco de este modo de producción, que se justifica por la ganancia financiera más que por cualquier otra forma de beneficio social. La historia, vista a esta luz, se transforma. La moralidad, la ley, hasta la religión no evolucionan según un devenir propio. La conciencia, tanto individual como social, viene dictada por la economía, por lo que Marx llama materialismo histórico. La existencia material determina la conciencia, y no al revés.

La historia del siglo XX había de mostrar cómo la respuesta de Marx a estos problemas se equivocó de manera catastrófica. La

propiedad privada, el dinero, la búsqueda del beneficio y la alienación parecerían ser fundamentales en el estado presente de la evolución. Hacemos uso de ellos, a la vez que ellos hacen uso de nosotros. La alienación se convierte en una individualidad realzada. Por otro lado, el análisis de Marx llega mucho más allá de la primera sociedad victoriana a la que fue aplicado. Su descripción del culto al dinero, nuestra actitud respecto de la propiedad privada, el consumismo, y la búsqueda del beneficio como un fin en sí mismo son demasiado evidentes en la era de la reducción de tamaño (*downsizing*), crisis monetarias provocadas, acciones tecnológicas disparadas y basadas en valores irreales, y compañías cuyos activos consisten en todo excepto la gente que trabaja en ellas.

Todo esto está analizado con detalle mucho mayor en la imponente obra cumbre de Marx, *Das Kapital (El Capital*), cuyo primer volumen publicó en 1867. Pero ¡ay!, la mejor obra de Marx es también la menos legible. He aquí una frase típica, escogida al azar: «El progreso de acumulación disminuye la magnitud relativa de la parte variable del capital, por lo tanto, pero esto no excluye en absoluto la posibilidad de un aumento en su magnitud absoluta». El primer volumen prosigue así durante más de mil apretadas páginas, y habían de seguir dos volúmenes, lo cual motivó que el primer ministro británico Harold Wilson, generalmente reputado de haber sido el más brillante graduado en economía de Oxford, expresara llanamente: «Nunca he leído a Marx»; una sorprendente, si bien comprensible, omisión. En cuanto que analista económico, Marx es igualado sólo por Adam Smith y Keynes.

Das Kapital investiga los mecanismos de la economía contra el trasfondo de la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX. Era la economía industrial más adelantada del mundo y parecía señalar el futuro. La industria británica dejaba muy atrás, tanto en capacidad como en eficiencia, a sus competidores. Las cifras siguientes, que Marx cita en relación con la industria del algodón, son un índice de la medida de la supremacía británica. El número promedio de husos por fábrica era en Inglaterra de
12 600,
mientras que sus dos principales rivales industriales, Francia y Prusia, podían manejar sólo 1500 husos por fábrica. La magnitud de

esta ventaja se evidencia al saber que el número promedio de husos que podía manejar un obrero era de 74 en Gran Bretaña; en Prusia 37 y en Francia sólo 14. El coste laboral y el coste del producto se veían afectados de manera similar.

No obstante, y a pesar de su amplia supremacía, las condiciones de vida de los trabajadores británicos eran espantosas. Un doctor de la ley de ayuda a los menesterosos hizo una lista en Bradford (incluida al completo en *Das Kapital*) que mostraba que sus pacientes estaban viviendo, *como promedio,* una docena en una habitación, y algunos más del doble. Una calle con más de doscientas casas solía tener menos de cuarenta primitivos retretes exteriores. Quienes vivían en esas condiciones trabajaban mucho y bajo condiciones muy duras. Un peón experimentado de una fábrica de Irlanda del Norte tenía que trabajar de 6 de la mañana a 11 de la noche, de lunes a viernes, y los sábados hasta las 6 de la tarde. «Por este trabajo recibo 10 chelines y 6 peniques a la semana», explicaba el obrero al inspector que visitaba la fábrica. Todas las estadísticas que recogió Marx provenían de informes oficiales que estaban en el Museo Británico; el sistema capitalista proporcionaba libremente las pruebas en contra de él mismo (un proceso convenientemente dialéctico).

Marx señaló también que la teoría económica anterior «procede a partir del hecho de la propiedad privada. No la explica». La propiedad privada no ha sido una característica permanente; como muestra cualquier mirada a la historia. En principio existió la propiedad tribal; después; la antigua propiedad comunal o estatal; más tarde la propiedad feudal o estamental (que confería «status» social a sus propietarios); de ahí proviene la idea burguesa de la propiedad privada. Pero; ¿qué subyace a esta evolución social? Como hemos visto, Marx veía la historia como una sucesión de luchas de clases. En la sociedad antigua la clase de los esclavos luchó contra la de los hombres libres; después, los plebeyos romanos lucharon contra los patricios; más tarde los siervos contra «sus» señores; el menestral contra el maestro gremial. «El opresor y el oprimido estuvieron en constante oposición entre si […] una lucha ininterrumpida, a veces escondida, a veces abierta, una lucha que siempre terminó o bien en una reconstitución revolucionaria de la sociedad, o bien en la ruina común de las clases contendientes».

El progreso histórico marcha de manera dialéctica. Cada fase desarrolla su propia contradicción, con el resultado, a su debido tiempo, en la síntesis progresiva de un nuevo sistema social. El capitalismo fue simplemente una fase más en este inevitable progreso histórico.

El capitalismo fue generando también sus propias contradicciones internas a medida que evolucionó. El libre mercado condujo a un aumento de la competencia. Con el fin de incrementar la eficiencia y los beneficios de sus negocios, el capitalista burgués invirtió en maquinaria. Los pequeños negocios que no podían permitirse una inversión de capital semejante fueron puestos contra la pared. Esta competencia intensificada hizo que empresas cada vez más grandes dominaran el mercado, hasta que eventualmente se estableció un monopolio. De tal modo que la competencia condujo a la contradicción del monopolio. Simultáneamente, la introducción de maquinaria significaba un desempleo creciente. Pero esto hacía que el mercado disminuyera, pues los desempleados no tenían salarios que gastar en el mayor número de mercancías producidas por la mayor eficiencia. Más mercancías, mercados en declive, beneficios decrecientes. Así surgían nuevas contradicciones dentro del sistema.

Si, por el contrario, tenía lugar un *boom* con resultado de pleno empleo, los salarios de los trabajadores estarían obligados a subir de acuerdo con la ley de la oferta y la demanda. No existiría la reserva de parados a los que recurrir para que trabajaran con salarios más bajos. Los salarios más altos irían en detrimento de los beneficios. De cualquiera de las dos maneras, los beneficios de los capitalistas menguarían inevitablemente. Estas presiones internas surgían dentro del capitalismo como resultado de su propio desarrollo, con la consecuencia de una serie de crisis recurrentes cada vez más profundas que conducirían con el tiempo a la crisis final que traería consigo el colapso del sistema capitalista.

Según Marx, el capitalismo es básicamente injusto. Descansa en la explotación de los trabajadores porque el capitalista posee los medios de producción: maquinaria, herramientas, etc. Una bala de algodón entra por la puerta de la fábrica y sale como prenda de vestir para ser vendida a un precio más alto. El trabajador de la fábrica ha añadido valor a la mercancía, pero no le ha sido pagado

todo el valor que ha añadido, sino que, en realidad, se le ha pagado un salario de subsistencia, o poco más; el propietario de la fábrica se ha embolsado la plusvalía como beneficio. En esto, según Marx, consiste la explotación.

Marx creyó firmemente en la teoría del valor trabajo. Un producto tiene un valor *real* que puede calcularse según la cantidad de trabajo que se ha empleado en su producción. Cuando la maquinaria entra en la ecuación, se la valora según la cantidad de trabajo que se ha empleado en *su* producción. La teoría tiene todo el aspecto de ser justa. Desafortunadamente, está reñida con las circunstancias en las que se aplica, esto es, el mercado. Es muy probable que la cantidad de trabajo empleado para hacer un artículo afecte a su precio. Uno espera que un coche cueste más que un plato de arroz; pero en el comercio libre es el mercado el árbitro *final*. La oferta y la demanda siempre predominarán sobre el coste laboral. En tiempos de hambruna, un plato de arroz se puede vender por más que un coche.

También el análisis del proceso manufacturero se equivoca seriamente al juzgar el papel del capitalista. En primer lugar, arriesga su dinero al instalar la empresa, y por ello requiere una recompensa que haga que su inversión valga la pena. Ésta es la fuerza impulsora del capitalismo: empresa-imaginación, riesgo. Los motivos económicos son en su mayor parte la cara aceptable de la avaricia. Nadie se embarca en una empresa si no existe una posibilidad de ganancia y la única perspectiva es el riesgo de pérdida. Así es la naturaleza humana. El comportamiento dominante y explotador de la clase capitalista —la demonizada «burguesía»— fue a menudo grotesco en la Gran Bretaña victoriana, lo mismo que su actitud ante la horrible pobreza infligida al proletariado («Que tenga Usted un buen día, *Mr*. Engels»).

No obstante, la historia ha mostrado que han sido sobre todo las personas que manejaban el sistema, y la libertad con que actuaron, lo que falló, más que el propio sistema. El poder irrestricto ha sido siempre una receta para la explotación y la hipocresía. El sistema capitalista mismo es culpable sólo en parte. El capitalismo se asemeja a la democracia de Churchill: «la peor forma de gobierno si exceptuamos todas las otras formas que se han ensayado».

Lo que se necesitaba para ayudar a las víctimas del capitalismo

era la intervención gubernamental, más que la alternativa radical propuesta por Marx. En su opinión, el equilibrio de la justicia social y económica sólo podría conseguirse si el Estado se apropiara de los medios de producción. Las formas burguesas de la propiedad privada deberían ser nacionalizadas. Esto es precisamente lo que sucedió en la Unión Soviética y en todo el mundo comunista. La libre empresa fue suprimida en favor de la planificación estatal: el Plan Quinquenal, el Gran Salto Adelante, y cosas por el estilo. Bajo condiciones favorables esto puede parecer muy racional y justo. Pero la evolución humana —tanto social como individual— sólo aspira a la razón y la justicia, y no ha incorporado estas cualidades. Una economía controlada puede intentar ocasionalmente dar el gran salto hacia adelante, pero no es probable que cree Silicon Valley. Saltos de este tipo surgen de la intoxicación de la imaginación individual, más que de comunidades sobrias.

Aun así, hay elementos de la crítica de Marx al capitalismo que están todavía vigentes, si bien elegimos pasarlos por alto. Preferimos nuestros propios «héroes de la clase trabajadora» a las versiones *estajanovistas* seis veces el tamaño real portando banderas rojas en los murales del realismo socialista. Pero los héroes de la clase obrera del capitalismo contemporáneo se resisten al sistema sólo en apariencia. Las estrellas de la música *rock*, los deportistas millonarios, y las jóvenes lumbreras de la Bolsa no poseen todavía los medios de producción. Brillan un día y al siguiente han desaparecido, mientras que los propietarios de los medios de producción siguen embolsándose las plusvalías. (Las estrellas de Hollywood entendieron esto en fecha tan lejana como 1919, cuando Chaplin, Fairbanks, y otros crearon United Artists con el fin de tener sus propios estudios y controlar la distribución).

Marx tuvo la certeza de que no todas las contradicciones que se desarrollan dentro del capitalismo son negativas. Si bien el proletariado dependía del salario para subsistir y poder acumular ahorros o capital propio —ésta era para Marx la definición de proletariado—, en las fábricas del capitalismo, esta clase perennemente explotada estaba evolucionando hasta convertirse en una fuerza de trabajo cualificada y disciplinada. En cuanto clase había de desempeñar un papel vital en el siguiente estadio inevitable de la dialéctica histórica. Cuando el capitalismo

colapsara de resultas de sus propias contradicciones internas, habría una revolución, y el proletariado se apropiaría de los medios de producción. Se establecería entonces la «dictadura del proletariado». Marx añade a esta predicción una declaración característicamente dramática: «Con este desarrollo histórico finaliza la prehistoria de la sociedad».

No obstante, la dictadura del proletariado era para Marx sólo el primer estadio; le seguiría una utopía socialista muy semejante a la borrosa visión de Saint Simon. La lucha entre clases, que había sido un rasgo permanente de la «prehistoria», sería sustituida por una sociedad sin clases. El Estado desaparecería finalmente, se aboliría el dinero, y cada uno recibiría su postre merecido. «De cada uno según su capacidad y a cada uno según sus necesidades». Aparte de estas pocas indicaciones teóricas, Marx no tuvo mucho que decir acerca de la realidad de la utopía socialista. El mismo Saint Simón fue más concreto en sus sueños. Pero un bosquejo de las ideas de Marx, aunque breve, no estaría completo sin el singular cuadro del cielo en la tierra que surgiría de las ruinas del capitalismo de la Edad de Piedra:

«Nadie queda limitado a una esfera única de actividad. Cada individuo puede realizarse en cualquier actividad que elija. La sociedad misma regula la producción general y hace de este modo posible que me dedique a una cosa hoy y a otra mañana. Puedo cazar por la mañana, pescar después del mediodía, criar ganado por la tarde [sic] y presentar mis propias opiniones críticas después de cenar. Puedo hacer todo esto en función de cómo me sienta, sin tener que convertirme en cazador, pescador, ganadero o crítico».

No hace falta exponer las contradicciones dialécticas generadas por esta quimera soñada en Dean Street. Las vacas no prosperan con el cuidado de caprichosos lecheros a tiempo parcial, especialmente en la oscuridad. Pero esquemas más prácticos de tipo socialista *pueden* funcionar en comunidades pequeñas de individuos de mentalidad semejante: los *kibutzim* israelíes, las comunidades *amish* y otras empresas similares son una prueba duradera. Pero a niveles urbanos y estatales, la sociedad es evidentemente demasiado compleja. La dictadura del proletariado y la apropiación por el Estado de los medios de producción habría de conducir en el siglo XX a una forma de dictadura muy distinta de la imaginada por

Marx. Lejos de desaparecer, el Estado se expandió hasta convertirse en un monstruo omnipotente, sin ninguna restricción por parte de la competencia o de una oposición.

Marx no se apercibió de que las contradicciones internas del capitalismo habrían de tener un gran papel incitándole a evolucionar en vez de a destruirse. Marx no fue el único que se equivocó al juzgar el capitalismo. Ninguno de los grandes pensadores de su época —desde Mill hasta Nietzsche— sospechó que el capitalismo crecería tan rápidamente como lo hizo. Lo que a los ojos de Marx eran los estertores de muerte del capitalismo resultaron ser poco más que sus dolores de parto.

Karl Marx murió en 1883 a los sesenta y cuatro años. Una docena de amigos y correligionarios se reunieron alrededor de su tumba en el cementerio de Highgate en aquella fría mañana de marzo. Escucharon a Engels pronunciar lo que ha debido sonar como una oración fúnebre desesperadamente exagerada: «Su vida y su obra perdurarán a través de los tiempos […]». Menos de setenta años después, una tercera parte del mundo pretendía ser gobernada según las ideas de Marx.

Epílogo

La gran aventura de Marx —el comunismo— se encuentra ahora poco menos que en completa quiebra, pero no debiera olvidarse la fuerza de sus creencias. Las ideas de Marx abrieron la expectativa de «justicia en esta tierra» a incontables muchedumbres que nunca habían soñado que algo así pudiera un día suceder. Ideas casi marxistas fueron abrazadas, al menos durante un tiempo, por luminarias del siglo XX tales como Einstein, Bertrand Russell, Wittgenstein, Tolstoi, Gandhi y Nelson Mandela. Son muchos los que afirman ahora que sus ideas tienen escasa relevancia en la época contemporánea. Se dice que su crítica es aplicable solamente a la economía del siglo XIX que él analizó (y no siempre correctamente). Pero el cuadro más amplio ha cambiado, y continúa cambiando, en línea con su argumento clave. La filosofía no es una isla encerrada en sí misma, sino que tiene lugar dentro de una sociedad que se mueve por cauces económicos. ¿Para quién es la economía? ¿Cómo pueden ser mejor distribuidos sus beneficios de manera justa? Esta preguntas siguen siendo bastante pertinentes. Estamos empezando un siglo en el que la división entre el primer y el tercer mundo continúa agrandándose, en el que, incluso en el primer mundo, la división entre ricos y pobres crece desordenadamente. Y no es únicamente la riqueza lo que necesita ser racionado más adecuadamente en un mundo en que los propios recursos se están acercando a sus límites.

Marx buscó controlar el mercado. El libre mercado ha sobrevivido y seguirá sobreviviendo, porque no sólo ha aprendido a evolucionar sino también a controlarse a sí mismo. Ésta es la razón por la cual la economía, con todos sus fallos y pretensiones, se hace

cada vez más vital para nuestra supervivencia. Las personas que hicieron detenerse Seattle durante el primer encuentro del nuevo milenio de la Organización Mundial del Comercio no fueron en su mayoría extremistas marxistas ni norteamericanos pobres. Independientemente de su comportamiento, o de las ideas rudimentarias que expresaron, lo que les movió fue un sentido de la justicia. Otros, impotentes y menos afortunados que quienes protestaban, estaban siendo maltratados. Como Marx mostró a su manera, si desconocemos este hecho será a nuestro riesgo.

De los escritos de Marx

Hasta ahora, los filósofos han tratado solamente de interpretar el mundo, pero la verdadera tarea es la de *cambiarlo*.

Tesis sobre Feuerbach

La religión es a la vez una expresión de sufrimiento genuino y una protesta contra este sufrimiento. La religión es el suspiro de las criaturas oprimidas, es un sentimiento en medio de un mundo sin sentimientos, el alma de una condición sin alma. Es el *opio* del pueblo.

Para una crítica de la filosofía del derecho de Hegel

Ser radical es llegar a la esencia de las cosas. Para el ser humano, la esencia de las cosas es el ser humano mismo.

Para una crítica de la filosofía del derecho de Hegel

Un fantasma recorre Europa; es el fantasma del comunismo.

Primeras palabras del *Manifiesto comunista*

La historia de toda la sociedad que ha existido hasta el presente es la historia de la lucha de clases.

El hombre libre y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el barón y el siervo, el maestro del gremio y el oficial, en una palabra, el opresor y el oprimido, estuvieron en constante oposición entre si, han representado una lucha ininterrumpida, a veces escondida, a veces abierta, una lucha

que siempre terminó o bien en una reconstitución revolucionaria de la sociedad, o bien en la ruina común de las clases contendientes [...]

La moderna sociedad burguesa que ha surgido de las ruinas de la sociedad feudal no ha terminado con los conflictos de clase, sólo ha establecido nuevas clases, condiciones nuevas de opresión, nuevas formas de conflicto en lugar de las viejas.

Manifiesto comunista

En el lugar de la explotación velada por las ilusiones religiosas y políticas, [la burguesía] ha instalado una brutal explotación desnuda, desvergonzada y directa.

La burguesía ha despojado de su halo a las profesiones que antes habían sido honradas y admiradas con temor reverencial. Ha convertido al doctor, el abogado, el cura, el poeta y el científico en sus esclavos asalariados.

La burguesía ha rasgado el velo sentimental de la vida familiar y reducido ésta a una mera relación monetaria.

Manifiesto comunista

El proletariado no tiene nada que perder sino sus cadenas. Tiene un mundo que ganar.

¡TRABAJADORES DEL MUNDO, UNÍOS!

Llamada a las armas al final del *Manifiesto comunista*

El objetivo último de esta obra es revelar la ley económica del movimiento de la sociedad moderna.

El Capital

Se usa el trabajo migratorio para trabajos de construcción y drenaje, para hacer ladrillos, quemar cal, construir ferrocarriles, etc. Esta columna móvil de enfermedad lleva la viruela, el tifus y la escarlatina por donde se mueve. En

proyectos que implican una gran cantidad de capital, como los ferrocarriles, etc., el contratista aloja a sus obreros en cabañas de madera. Estas aldeas improvisadas carecen de todo saneamiento, escapan al control de las autoridades locales, y son extremadamente provechosas para el contratista. Se las arregla para explotar a sus obreros de dos maneras a la vez, como trabajadores y como inquilinos. Las cabañas tienen uno, dos o tres agujeros, y los peones que los habitan deben pagar un alquiler semanal de 2, 3 o 4 chelines respectivamente.

El Capital

Otro pasaje, algo más típico, revela la faceta más ardua de Marx:

El valor del capital productivo P es igual a *C,* valor del contenido formativo, que en la etapa
M-C
confrontaba el capitalista como mercancía en manos de sus vendedores. En segundo lugar, sin embargo, el valor de la hilaza contiene una plusvalía de
£78
=
1560 lb.
de hilaza. Así como la expresión del valor de
10 000
libras de hilaza, $C = C + \Delta C$, C más un incremento
(£78)
que llamaremos c, que existe en la misma forma de mercancía que lo hace ahora el valor original.

El Capital

De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades.

Crítica al programa de Gotha

Las proféticas palabras del poeta Heine, escritas en fecha tan temprana como 1842:

Poco mencionado por el momento, el comunismo es el héroe oscuro que acecha en buhardillas escondidas sobre miserables jergones de paja, el héroe destinado a desempeñar un gran papel, aunque sólo temporal, en la tragedia moderna. Sólo espera la señal para hacer su entrada. No debemos perder nunca de vista a este actor [...] hemos de descubrir los ensayos donde prepara en secreto su debut.

La historia en general, y la historia de las revoluciones en particular, es siempre más rica en contenido, más varia, más polifacética, más viva y más «sutil» que lo que imaginan incluso los mejores grupos y las vanguardias con más conciencia de clase de las clases más avanzadas.

V. I. Lenin

Las revoluciones no han aligerado nunca el fardo de la tiranía, sólo lo han trasladado a otras espaldas.

George Bernard Shaw

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a. C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final siglo VI a. C.	Muerte de Pitágoras.
399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
ca. 387 a. C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a. C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.
324 d. C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d. C.	San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.
410 d. C.	Los visigodos saquean Roma, anunciando el comienzo de la Edad Media.
529 d. C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.

1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la sabiduría griega.
1543	Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes),* donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol.
1633	Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.
1641	Descartes publica sus *Meditaciones,* inicio de la filosofía moderna.
1677	La muerte de Spinoza hace posible la publicación de su *Ética*.
1687	Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad.
1689	Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.
1710	Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano,* conquistando nuevos campos para el empirismo.
1716	Muerte de Leibniz.
1739-1740	Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos.
1781	Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.
1807	Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.

1818	Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación,* introduciendo la filosofía hindú en la metafísica alemana.
1889	Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.
1921	Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus,* proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.
1920-1929	El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.
1927	Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo),* anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental.
1943	Sartre publica *et le néant (El ser y la nada),*
L'être	
	adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.
1953	Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Cronología de la vida y la época de Marx

1818	Nace el 5 de mayo en Tréveris, en la Renania alemana.
1835	Ingresa en la Universidad de Bonn para estudiar derecho.
1836	Se traslada a la Universidad de Berlín a estudiar filosofía.
1840	Federico Guillermo IV es coronado emperador de Prusia, anunciando una nueva época de reacción. Los hegelianos de izquierda son expulsados de las universidades.
1841	Obtiene finalmente el doctorado en la Universidad de Jena, pero ya se han desvanecido las esperanzas de Marx en una carrera académica.
1842	Es nombrado director del *Rheinische Zeitung* (Diario de Renania). Engels se hace comunista. Marx se casa con su novia de infancia, Jenny von Westphalen. Marx y su esposa parten al exilio en París, donde es nombrado editor del *Anuario germano-francés*.
1844	Comienza su asociación e íntima amistad de toda la vida con Engels.
1845	El *Anuario germano-francés* es cerrado por las autoridades

	francesas. Marx es expulsado de Francia y fija su residencia en Bruselas, Bélgica.
1848	Completa el *Manifiesto comunista*. Regresa a Alemania y es elegido director del *Neue Rheinische Zeitung*. «Año de la Revolución» en toda Europa. El emperador Federico Guillermo IV disuelve la Asamblea prusiana y suspende los derechos democráticos.
1849	Las protestas de Marx terminan con su arresto y juicio; sale absuelto por un jurado simpatizante. Última edición «roja» del *Neue Rheinische Zeitung*. Desterrado de Alemania, Marx llega con su familia a Londres, donde fijará su hogar por el resto de su vida.
1850	Marx, sin un céntimo, y su familia son desahuciados y arrojados a la calle. Al finalizar el año se muda al 28 de Dean Street en el Soho, a diez minutos de camino del Museo Británico; en cuya sala de lectura había de llevar a cabo su investigación.
1851	Gran Exposición de Londres.
1852-1857	Es empleado como corresponsal en Londres del *New York Daily Tribune*.
1856	Una herencia recibida por Jenny permite a la familia mudarse del Soho a la comparativamente salubre calle Maitland; al norte de Londres.
1861	Comienza la Guerra Civil Norteamericana.
1867	Se publica en Berlín la primera

	edición del primer volumen de *El Capital (Das Kapital)*.
1870	Estalla la Guerra Franco-prusiana.
1871	Derrota francesa; los prusianos ocupan París. Comuna de París.
1872	Muere Jenny, la esposa de Marx.
1873	*Das Kapital* no consigue editor inglés; no aparecería ninguna traducción al inglés de esta obra en vida de Marx.
1880s.	Últimos años de Marx bajo el acoso de una «depresión mental crónica».
1881	Es asesinado el zar Alejandro II de Rusia.
1882	Escribe el prefacio a la segunda edición rusa de *Das Kapital*.
1884	Muere Marx.
1885	Publicación del segundo volumen de *Das Kapital* (editado por Engels).
1894	Publicación del tercer volumen de *Das Kapital* (editado por Engels), con lo que se completa la obra cumbre de Marx.
1917	Los comunistas se hacen con el poder en Rusia.
1918	Efímeros gobiernos comunistas se establecen en Baviera (Alemania) y Hungría.
1945-1950	Se establecen gobiernos comunistas en toda Europa Oriental.
1949	Los comunistas toman el poder en China.
1989	La caída del Muro de Berlín anuncia el colapso del comunismo en toda Europa y en la Unión Soviética.

Lecturas recomendadas

- Carver, Torrel (ed.), *The Cambridge companion to Marx* (Cambridge University Press, 1992). Selección de ensayos autorizados que cubren un amplio abanico del pensamiento de Marx, desde su filosofía de la historia hasta la política más profunda.
- Kamenka, Eugen (ed.), *The portable Karl Marx* (Viking, 1983). El mejor muestrario de las ideas filosóficas, políticas y económicas de Marx; contiene extractos bien escogidos de todas las obras más importantes.
- Marx, Karl, *Das Kapital,* (Penguin, 1993). (*El capital,* Siglo XXI de España Editores). Obra cumbre de Marx que le convirtió en uno de los grandes economistas de todos los tiempos. Su prosa es notoriamente pesada; hay que guiarse por el índice para adentrarse en ella. Los pasajes más interesantes son, con mucho, aquellos en que cita los informes gubernamentales relativos a las condiciones de la clase obrera en la Gran Bretaña del siglo XIX.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *The communist manifesto* (Signet, 1998). (*Manifiesto comunista,* Crítica, 1998). La mejor introducción a la idea que se hace Marx del comunismo. Una obra clara, sucinta e incitante que cubre los aspectos filosóficos, políticos y económicos de su pensamiento.
- Wheen, Francis, *Karl Marx* (Norton, 2000) (*Karl Marx,* Debate, 2000) Un recuento vivido y entretenido de la heroica vida y las debilidades del gran hombre. Con mucho, la mejor biografía existente.
- Wood, Allen W., *Karl Marx* (Routledge, 1999). Un trabajo extenso centrado en la filosofía de Marx y sus implicaciones

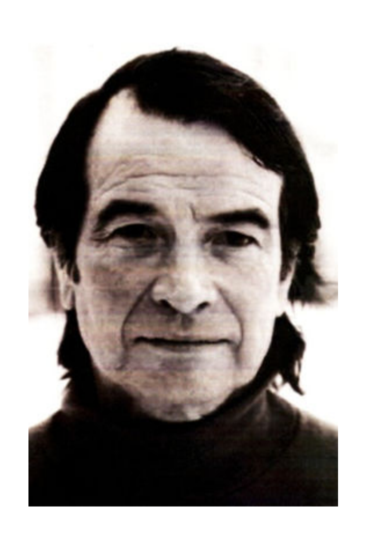
en otros campos.

Índice onomástico y temático

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

1. Aristóteles en 90 minutos
2. Berkeley en 90 minutos
3. Confucio en 90 minutos
4. Derrida en 90 minutos
5. Descartes en 90 minutos
6. Foucault en 90 minutos
7. Hegel en 90 minutos
8. Hume en 90 minutos
9. Kant en 90 minutos
10. Kierkegaard en 90 minutos
11. Leibniz en 90 minutos
12. Locke en 90 minutos
13. Maquiavelo en 90 minutos
14. Marx en 90 minutos
15. Nietzsche en 90 minutos
16. Platón en 90 minutos
17. Russell en 90 minutos
18. San Agustín en 90 minutos
19. Sartre en 90 minutos
20. Schopenhauer en 90 minutos
21. Sócrates en 90 minutos
22. Spinoza en 90 minutos
23. Tomás de Aquino en 90 minutos
24. Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublín, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de dos docenas de idiomas. Es el autor de los *bestsellers "Los Medici: Padrinos del Renacimiento"; "Napoleón en Egipto"*; y "*El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica*". Su más reciente trabajo "*El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova*" salió en mayo de 2012.

Strathern fue profesor en la Universidad de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y Opajoke.

Notas

[1] *Impecune*, adjetivo que califica a aquel que no tiene dinero ni bienes, es una voz latina que proviene del prefijo in (valor negativo) y de la voz latina pecunia (dinero): «sin dinero». [N. del E. Digital] <<